

El Domingo, PAN de la PALABRA

XXVIII TIEMPO ORDINARIO (9 octubre 2005)

Primera lectura: Is 25, 6-10a
(*El Señor preparará un festín
y enjugará las lágrimas de to-
dos los rostros*)

Salmo responsorial: 22, 1-6
(*Habitaré en la casa del Señor,
por años sin término*)

Segunda lectura: Flp 4, 12-
14.19-20 (*Todo lo puedo en
aquel que me conforta*)

Evangelio: Mt 22, 1-14 (*A to-
dos los que encontréis, convi-
dadlos a la boda*)

«Luego dijo a sus criados:
—El banquete de bodas es-
tá preparado, pero los invita-
dos no eran dignos. Id a las
encrucijadas de los caminos y
a todos los que encontréis,
convidadlos a la boda.

Los criados salieron a los
caminos y recogieron a todos
los que encontraron, malos y
buenos, y la sala de bodas se
llenó de invitados».

12 de octubre:

NUESTRA SEÑORA
DEL PILAR.
DIA DE LA HISPANIDAD

EL MESIAS INESPERADO

La esperanza del Mesías, el enviado de Dios, que restauraría la justicia original y que devolvería al pueblo de Israel la grandeza que le correspondía, era el motor de la historia de ese pueblo. Toda palabra o gesto se interpretaban desde esa clave, examinándolos para saber si el Mesías ya había llegado. Ahora bien, los judíos buscaban un Mesías que tenía que ser como ellos ya habían imaginado. Dios, como siempre, les sorprendió.

El Mesías de la esperanza judía, era un Mesías exclusivo del pueblo de Israel, un Mesías que sólo restauraría la gloria del pueblo elegido y masacraría al resto de pueblos. Porque, según creían, esa era la voluntad de Dios: devolver al pueblo que Dios se había escogido como heredad lo que fue.

El Mesías que esperaban los judíos era un Mesías que salvaría exclusivamente a los justos y no a los pecadores. Es algo difícil de entender desde nuestra mentalidad cristiana. El Mesías que esperaban los judíos, era el Mesías que recompensaría la vida de los que en medio de la maldad y perversión del mundo se habían mantenido justos, puros y no habían cometido las acciones que Dios condena. El Mesías que esperaban los judíos, era un Mesías que sólo traería la alegría de Dios a aquellos que se la merezcan, y no a los pecadores.



Dios es siempre más

Pero Dios, como siempre, sorprende porque no se puede encasillar en categorías humanas. Porque no lo podemos hacer a nuestra medida. El Reino, la salvación, que trae su Mesías es mucho más grande de lo que los judíos podían imaginar. Por eso, porque los judíos no aceptaron el Reino que el Mesías traía, no acudieron a la invitación del rey: y es que Dios había preparado una salvación para todos, de la que el pueblo judío era partícipe como todos los demás.

El Mesías, además, trajo la salvación precisamente a quienes la necesitaban:

a los pecadores, que en tiempo de los judíos, eran marginados y excluidos porque no eran considerados puros. El Mesías traía una salvación que produce alegría: la del banquete de bodas del hijo de un rey, una fiesta que podía durar más de una semana, y que era el paradigma de la alegría en los pueblos orientales.

No obstante, el descubrir al Mesías inesperado no basta para tener garantizada su salvación, hay que ir vestido de fiesta. El vestido de fiesta significa aquí la vestidura moral: las obras conforme a la fe en ese Mesías, es la vestidura blanca de nuestra bautismo que no hemos de manchar con nuestras malas acciones para poder aceptar la salvación que el Mesías nos trae en nombre de Dios. ■

Rafael Amo